

La hora de Barrett

La publicación de 'Moralidades actuales' recupera la interesante figura de Rafael Barrett, un secreto contemporáneo del 98 español

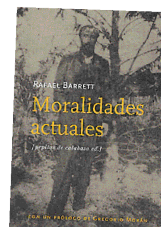
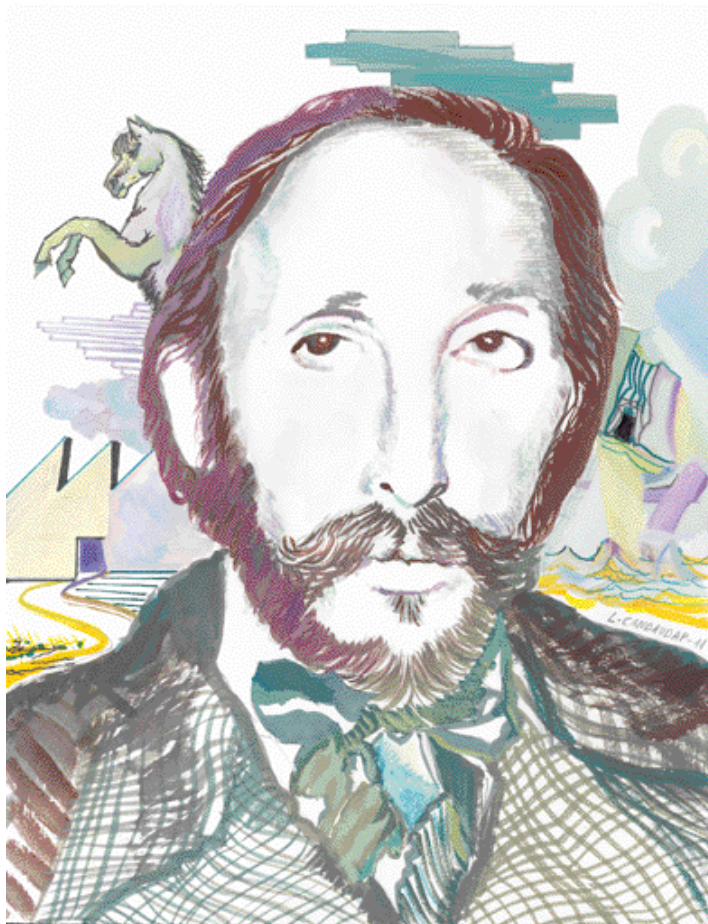
Todo lo que se refiere a Rafael Barrett resulta una anomalía. Su vida, su obra, su trayectoria como escritor, su prestigio, su olvido, su posteridad. Todo es anómalo, todo es singular y hasta alcanza lo disparatado. No es un caso insólito en la historia de la literatura española, pero sí resulta probablemente el más llamativo.

Así comienza Gregorio Morán su prólogo a la edición de *Moralidades actuales* que presenta la editorial Pepitas de Calabaza. Morán —uno de los principales responsables de que el 'caso Barrett' esté recuperando en los últimos tiempos su indudable vigencia— define a Rafael Barrett como "un maestro" y concreta las dos constantes de su vida y obra: "radicalidad y coherencia". En alguna ocasión, Morán ha situado también a este olvidado del 98 como uno de los grandes periodistas literarios españoles de cualquier época, inmediatamente por detrás del santo patrono del oficio: Larra.

Antes, Augusto Roa Bastos había señalado el valor pionero y fundamental del español: "Rafael Barrett fue un precursor, no sólo en el sentido del que precede y va adelante de sus contemporáneos, sino también en el del que profesa y enseña ideas y doctrinas que se adelantan a su tiempo". Por su parte, Jorge Luis Borges retrató en 1917 a Barrett como un "espíritu libre y audaz" cuyos libros geniales le habían consolado de "las ñoñerías de Giusti, Soiza O'Reilly y de mi primo Alvarito Melián Lafinur".

Apolo romántico

Rafael Barrett Álvarez de Toledo nació el 7 de enero de 1876 en



dicos, Barrett sólo publicó en vida *Moralidades actuales*. Se trata de una colección de artículos organizada con total premeditación por el autor y publicada con el apoyo de sus amigos uruguayos. Gregorio Morán explica que el libro contiene 89 artículos en homenaje a la revolución de 1789 y desgana la manera en que Barrett colocó los textos buscando un significativo equilibrio: "Un texto sarcástico se equilibra con otro evocador, y uno de inusitada radicalidad con una reflexión de largo alcance". A diferencia de lo que ha ocurrido en otras ocasiones, la edición de *Moralidades actuales* de Pepitas de Calabaza respeta íntegramente el contenido y las características de la obra original.

Fuerza y estilo

El lector contemporáneo encontrará en los artículos de Barrett una inaudita combinación de fuerza y estilo. Fue sin duda un pensador radical, pero también fue un prosista sencillamente excepcional y un intelectual tan culto como propenso a la desmitificación irónica. Las piezas de Barrett resuenan como resuenan los pasos de un solitario en un gran salón abandonado y sus ideas perviven con una insólita fuerza clandestina. Hay en este libro una decena de textos que deben situarse entre el mejor periodismo literario que se hizo en una época de enormes periodistas literarios.

Las razones por las que conviene acercarse hoy a la obra de Rafael Barrett son las mismas por las que José Enrique Rodó saludó en su día la publicación de *Moralidades actuales*: "Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironías hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad".

Pablo Martínez Zarracina

Fue un prosista sencillamente excepcional y un intelectual tan culto como propenso a la desmitificación irónica

Torrelavega. Hijo de un ciudadano inglés y de una mujer de origen aristocrático, sus años de formación tienen algo de misterio, aunque se sabe que pasó tiempo en Bilbao y se matriculó en la universidad de Madrid, con la intención de hacerse ingeniero.

Su época inicial en la capital fue alegre y licenciosa. Ramiro de Maeztu recordaba al joven Barrett en un artículo de 1925: "Hacia 1900 cayó por Madrid un joven de porte y belleza inolvidables. Era un muchacho más bien demasado alto, con ojos claros, grandes y rasgados; cara oval, rosada y suave, como una mujer, salvo el bigote; amplia frente, pelo castaño claro, con un mechón caído a un lado. Un poquito más ancho de pecho, y habría podido servir de modelo para un Apolo del romanticismo".

Barrett era un dandi moderno, un señorito culto y atractivo

aficionado a la vida fácil. Frequentaba a Valle, Baroja y Cansinos, fue amigo de Maeztu y Manuel Bueno. Por lo visto, no perdonaba una función de teatro, una fiesta de la alta sociedad o un concierto suficientemente elegante.

Sus problemas en la capital comenzaron con un lance de honor. Barrett debía de ser aficionado al género y en una ocasión desafió a un abogado influyente apellidado Azopardo. Para evitar el duelo, este abogado acusó al escritor de tener conductas sexuales "contra natura". Si eso era cierto, Barrett no era un caballero y el abogado no podía batirse con alguien que no fuese de su condición.

El asunto terminó en un Tribunal de Honor y con Barrett agrediendo con un látigo a su presidente, el duque de Arión, íntimo amigo de Alfonso XIII. El escán-

dalo fue público y monumental y expulsó para siempre a Barrett del mundo elegante madrileño. Gregorio Morán señala en su prólogo a *Moralidades actuales* que, días después de aquel incidente, apareció en los periódicos madrileños la noticia de que Rafael Barrett se había suicidado. "Evidentemente la noticia es falsa", escribe Morán, "pero tiene todo el aspecto de un símbolo: un acta de defunción para consumo interno".

América

Tras el gran escándalo, Barrett abandonó Madrid y viajó a América. Llegó a Buenos Aires en 1903 y decide allí cambiar de vida y dedicarse al periodismo. El señorito elegante había muerto para dejar paso al intelectual comprometido, brillantísimo y pendenciero. Durante siete años, Barrett escribió toda su obra en las páginas de los periódicos argentinos, paraguayos y uruguayos. Vivir en esos países y alternar las labores de reportero con las de articulista, conferencista, crítico cultural y agitador político.

En 1904 Barrett cubre la revolución liberal de Paraguay y sim-

patiza con las nuevas ideas que allí triunfan. Más tarde entra en contacto con el grupo de intelectuales uruguayos de José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira y comienza a extremar su postura crítica y sus intereses periodísticos. El español sería pronto un referente de la ideología libertaria en América. Incluso fundará un semanario llamado *Germinal* destinado a la defensa de los trabajadores paraguayos cuya línea editorial le llevará a la cárcel y estará a punto de llevarle también al cementerio.

Lo que no consiguió la lucha política, lo podrá la tuberculosis. Barrett murió en 1910, con treinta y cuatro años, en Arcachon, Francia. Había ido allí en un último intento por encontrar un remedio para una enfermedad agravada por las difíciles condiciones de su vida en América. En Arcachon Barrett confió en los modernos tratamientos del doctor Lalesque, quien, tras examinarle, le hizo un diagnóstico escasamente esperanzador: "Es milagroso que continúe vivo".

Escritor prolífico pero volcado en la inmediatez de los peri-